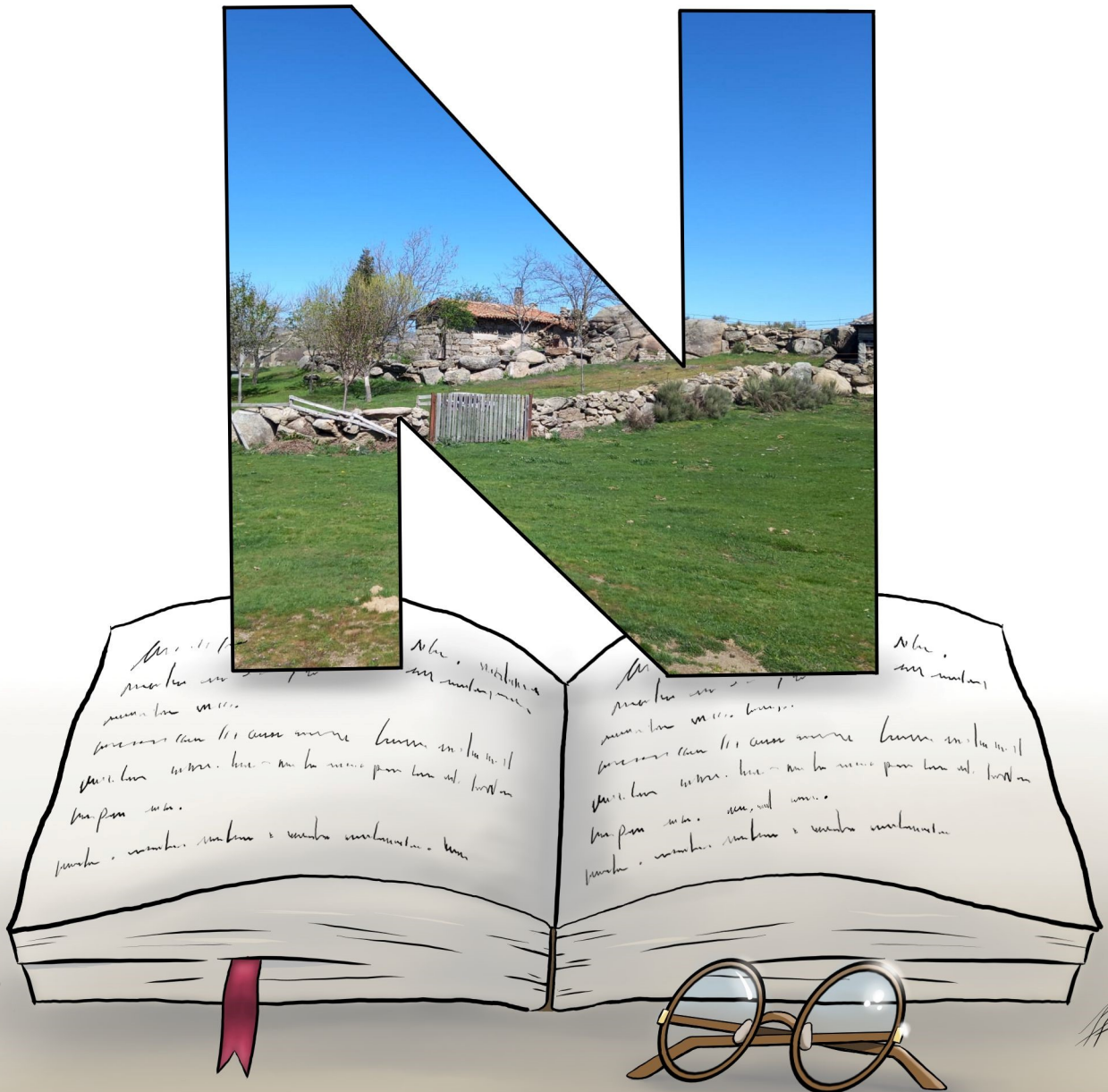


MARRAMBLAS Y FARRAGUAS 2021



Small signature and date
2021

Un jurado compuesto por Ana Burgos Gallego, Marta Lanchas Hernández, Pablo Burgos Martín, Javier Martín Matamoros, Pedro Herrero García, Dani Checa Martínez, Marcos Cabrero Martín, Mónica Martín Rivas, Alba Matamoros García y David Garaballa Martín ha decidido, tras varias deliberaciones, el viernes 20 de agosto de 2021, que los autores ganadores del certamen "Marramblas y Farraguas 2021" fueran los siguientes:

FOTOGRAFÍA

- 1º premio: Rubén Rodríguez Corrochano, por "Conectados"
- 2º premio: M^a Carmen García García-Blanco, por "Melodía alegre en una burbuja"
- 3º premio: Ángel Cernuda Rodríguez, por "La música todo lo engrandece"

RELATO CORTO

- 1º premio: Fátima López Rodríguez, por "La banda sonora de mi vida"
- 2º premio: Leire Zarate, por "Borrasca"
- 3º premio: Daniela Sánchez Martín, por "La banda sonora del alma"

ESCRITURA RÁPIDA

- 1º premio: Virginia Hernández, por "Una vida por delante"
- 2º premio: María Martín Moreno, por "Diario de una disléxica"
- 3º premio: Jorge Martín Rodríguez, por "Todo el tiempo que haga falta, te esperaré".

*Mención especial a Elena Romeral Matamoros, de 12 años, única participante de la categoría juvenil.

DIBUJO JUVENIL—ADULTO

- 1º premio. Jorge Herrera, por "Desde el chozo"
- 2º premio: Miguel Ángel Herrera Arcela, por "Desesperación"
- 3º premio: Alfreda, por "Julia"

DIBUJO INFANTIL (6-12 AÑOS)

- 1º premio. Fátima Paniagua Burgos, por "Una linda amistad"
- 2º premio: Hugo Paniagua Burgos, por "Amor en un chasquido"
- 3º premio: Uriel y Aimar García Hernández (empate) por "Invasión Alien" y "El inframundo"

DIBUJO PEQUEÑOS PARTICIPANTES (3—5 AÑOS)

- Dylan Jiménez Jiménez (3 años)
- Lucas Tenorio Matamoros, con El arcoíris (3 años)
- Elsa Molero Jiménez, con Mis amigos de Navarrevisca (4 años)
- Daniela Burgos Ruiz, con Mi mamá y yo (5 años)

RELATO CORTO

Primer premio Marramblas y Farraguas 2021

LA BANDA SONORA DE MI VIDA

El arte... esa capacidad de plasmar distintas emociones y causar otras a su vez en quien escucha u observa.

Es increíble el extraño vínculo emocional que se forma entre un artista y un intérprete. Cómo uno trata de mostrar sus sentimientos y experiencias y cómo el otro los interpreta, basándose también en sus propias vivencias.

Y creo que es eso mismo lo que ocurre en el mundo de la música. Un mundo en el que el arte se basa en crear y organizar sonidos y silencios. Transmitir a través de estos. Hacer sentir a quien lo escucha. Conectar. Sacar una sonrisa o incluso hacer llorar, calmar a la fiera...

Dicen que todos tenemos una canción que nos representa, que nos hace sentir. Esa que nos acompaña durante toda nuestra vida. Una melodía que podemos escuchar infinitas veces y jamás cansarnos de ella; especial, única. Que nos hace volar y viajar. Viajar a ese momento maravilloso que tanto nos hizo disfrutar y que atesoramos en lo más profundo de nuestro ser. Esos pequeños recuerdos que forman la vida asemejando las notas cuando hablamos de un pentagrama.

Una combinación de acordes que se repite en nuestra cabeza constantemente tras haber escuchado la canción.

Nuestra canción, esa que va más allá de lo pegadizo y comercial; la canción que, de un modo u otro, hemos hecho que forme un estribillo en nuestra vida.

Esa música, como la voz de una madre, la melodía que percibimos incluso antes de nacer, los primeros estímulos que recibe el bebé. Una melodía dulce que te acompaña y consuela en tus momentos de llanto, la solución a muchos problemas; el consejo que ansías cuando más lo necesitas; siempre está ahí, no falla.

El rayo de luz en épocas malas, el que te ilumina y te motiva a continuar con todos los proyectos que, al principio, dan un poco de vértigo. Esa fuerza que necesitas, el empujón necesario que te impulsa a crear, a seguir, a luchar.

Superamos distintas etapas de nuestra vida y esa melodía está presente, ayudando en nuestro desarrollo y crecimiento personal, asemejándose al amor de una madre, que siempre a tu lado para guiarte, para darte luz.

Pero llega el momento... de repente la música se para, ya no suena. Miras a tu lado y ya no la ves, se ha ido.

Los 4 minutos de canción han llegado a su fin y ella se desvanece. Las líneas estables de los pentagramas empiezan a temblar; las notas se caen. Tu mundo se cae.

Es entonces cuando te das cuenta de que la necesitas como el aire para respirar, de que te falta algo, te falta esa melodía, te falta ella. Esa luz se desvanece, ya no ves; no tienes guía.

Pero una mañana te despiertas y el ritmo de la canción resuena en tu cabeza, como un eco lejano. Y recuerdas la letra. Prestas atención a cada una de las palabras y entonces la escuchas a ella. Aunque su voz ahora suena como un susurro, se escucha con nitidez. Y la sientes. Sientes la melodía, la letra, la canción... y la sientes a ella.

De pronto aparece en la distancia un pequeño puntito de luz que va extendiéndose cada vez más. Y ahí está el estribillo de nuevo. La radio no suena, pero tú escuchas la música. Está en ti.

Entonces lo sabes...

Sabes que ella siempre va a estar en ti, como la canción.

Sabes que tu mano, aparentemente vacía, nunca lo estará.

Sabes que está contigo y la sientes más que nunca.

Y es que una canción no es fácil de olvidar... y esta no muere si hay alguien que no la olvida.

La música va más allá de viajes en el tiempo. La música es tan especial que, al cerrar los ojos, algunas canciones pueden convertirse en personas.

Mi madre es mi canción.

La canción que escuchas tantas veces en bucle y termina volviéndose rutina. Esa rutina que se convierte en lo más común, haciendo que perdamos el interés y olvidemos valorar.

El estribillo... tantas veces repetido en comparación con el puente o el gancho, esa repetición que se vuelve rutina... y, sin embargo, la parte principal de la canción. Una parte tan imprescindible que a veces pasa desapercibida... hasta que ya es demasiado tarde.

Entonces escuchas su voz en la canción, en la letra que contiene enseñanzas, valores, cariño... Esa voz armónica que nunca se va a ir de tu cabeza.

Y valoras el estribillo. De pronto, eres consciente de su importancia. La columna vertebral que da forma a una canción. La columna vertebral que sostiene un cuerpo. La columna que endereza mi vida. La misma vida que por un tiempo se vio apagada y sin rumbo, cobra sentido poco a poco mientras vuelvo a recordar las estrofas de mi canción. Mientras la recuerdo a ella, su voz, su luz.

Encuentras tu guía y decides poner rumbo de nuevo en tu camino, haciendo que las etapas de tu vida continúen pasando.

Y llega otro turno. El turno de ofrecer nuestras voces. De guiar y acompañar. De dar la mano y mostrar caminos.

El turno de enseñar estribillos y construir pilares. De crear canciones con sentimientos y valores transmitiéndolas a nuevas generaciones.

El turno de crear arte y dejar nuestra huella.

Fátima López Rodríguez.

”Dedicado con mucho honor a mi madre, maestra y fiel compañera de vida. En memoria de María Natividad Rodríguez Martín: tus enseñanzas siempre estarán ahí, presentes en nosotros. Grande, maestra”

Segundo premio Marramblas y Farraguas 2021

BORRASCA

Hacía ya varias horas que llovía a mares a lo largo de toda la costa cantábrica oriental. El viento silbaba a un ritmo de locura. Sin dar tregua. El ensordecedor tintineo de los mástiles de los veleros amarrados en el puerto de aquella pequeña localidad lo acompañaba melodiosamente. Y de manera incesante también resonaban truenos que, como tambores de guerra, amplificaban esa sinfonía infernal.

La mar estaba embravecida y parecía querer luchar en aquella contienda, defendiéndose de los ataques de lanzas cargadas de agua que le venían desde trincheras ocultas tras las nubes. Lanzaba olas contra los muelles del puerto y, rítmicamente a medida que subía la marea, cada vez lo hacía con más furia. Bramaba no solo cuando las arrojaba con violencia, sino también cuando las engullía de nuevo, tras ser devueltas por la tierra firme con idéntica cólera. El repertorio polifónico estaba siendo poderoso y vehemente.

Infinidad de relámpagos con formas insólitas iluminaban el cielo y, simulando garabatos infantiles, participaban a su manera en esa endiablada composición musical. Tal y como haría un director de orquesta algo desequilibrado que, moviendo la batuta en un arrebató, quisiera enloquecer aún más aquel diabólico concierto.

Después de cada relampagueo, el fulgor de luz blanca que envolvía la bóveda del cielo adquiría un matiz mortecino al reflejarse sobre tierra y mar, confirmando un aspecto de inframundo a aquel pueblo pesquero, sublimando y engrandeciendo el desenfreno y la desvergüenza de aquel extravagante director. Incluso una antigua y abandonada fábrica conservera junto al puerto había perdido su habitual imagen, muy deteriorada y lamentable, apareciendo ahora imponente, mágica y desafiante, como si se tratara de un enardecido espectador asistiendo a aquella función desde la primera fila del palco de butacas.

Y entonces fue consciente de que el furor de aquel temporal no podía compararse con ninguna música que hubiera oído antes. Agradeció a la madre

Tierra la suerte de poder estar allí y disfrutar de aquellos sonidos tan salvajes y armoniosos al mismo tiempo.

Actuó como creyó que lo haría un frenético acomodador de sala que, después de pillar a algunos espectadores sin entrada, elevando la voz se dispondría a echarlos de allí. Y así hizo ella que, queriendo espantar a los demonios que se escondían en su alma desde hacía ya más de media vida, gritó lo más fuerte que pudo para escupirlos fuera. En medio de aquella tempestad podía permitírsele porque resultaba materialmente imposible que alguien la oyera. Por suerte, el público que asistía aquella noche era indiferente a tales barahúndas de la naturaleza. Chilló, aulló y vociferó palabras ininteligibles nunca pronunciadas por su boca hasta que se quedó afónica. Sus llantos, lamentos, gemidos y suspiros parecían ahora ser los instrumentos de cuerda que se sumaban ahora a la composición instrumental orquestada entre viento, metal y percusión de aquella representación infernal.

Un rayo cortó el tenue alumbrado eléctrico del puerto y calles aledañas. Una oscuridad total lo cubrió todo. Parecía presagiar el final de aquel recital. En ese mismo instante, el estruendo de una concatenación de truenos coincidió con el estrépito de la techumbre de madera de la vieja y destartalada fábrica de conservas. Se había derrumbado por completo. Y aquel monstruoso clímax coronó aquel espectáculo musical. Ningún relámpago osó aparecer para dar algo de claridad. Nada podía desafiar el reino de las tinieblas.

Regresó el silencio: dejó de llover, el viento cesó, la mar volvió a estar en calma. Aquella serenata nocturna que parecía indestructible concluyó. La orgía musical acababa de terminar.

En ese preciso instante se bajó el telón. Las luces volvieron a encenderse, pero ella prefirió cerrar los ojos. Tuvo que respirar hondo varias veces hasta que se calmó del todo. Necesitaba sosegar y liberarse totalmente de los miedos que la había acompañado durante toda su atribulada existencia.

En seguida empezó a sentirse una mujer nueva. Serena y segura de sí misma. Sin complejos y decidida a ser feliz. Ahora sí que iba a vivir la vida como solo ella quería. Notó que el cronómetro de su vida se ponía a cero. Pero esta vez sin espectros, sombras o espíritus que la pudieran atormentar porque todos ellos habían salido despavoridos de su alma esa noche.

Aquel inesperado frenesí musical nocturno había obrado el milagro: le había devuelto paz a su alma. ¡Bendita borrasca musical!

Leyre Zárate

Tercer premio Marramblas y Farraguas 2021

LA BANDA SONORA DEL ALMA

La música es de las pocas cosas que, pese al paso del tiempo, no ha dejado de cesar, pues la forma y su estética ha variado, pero su esencia no. En su esencia se siguen tratando los asuntos del alma, con tanta delicadeza como una pluma acariciando suavemente la tez, o de lo contrario, puede resultar un huracán descontrolado arrasando con todo lo que encuentra a su paso. La música es un espejo, un espejo que capta la esencia más pura de cada alma, enredada entre miles de notas y lágrimas. A través de la música puedes conocer los peores recuerdos de una persona o contra qué lucha interna está lidiando. Existe la música que todos escuchamos de fiesta para bailar, reír y disfrutar, pero esa no es la que define a un individuo. Si quieres conocer la historia de alguien por su música, pregúntale qué canciones escucha en su más dolorosa soledad, cuando se ahoga en un llanto de melancolía, cuando su único consuelo es el de las ásperas sábanas, y sus mejillas están rojas a causa del escozor que provocan sus lágrimas que no dejan de caer sobre ellas. Pregúntale qué melodías sonaban constantemente en sus audífonos la primera vez que se enamoró y le dejaron con el corazón roto. Dile que te hable acerca de aquella canción que le recuerda a su abuelo, y seguramente te contará, que el día que falte, esa canción sonará en bucle en su habitación, ya que, entre esas palabras y notas perdidas, su recuerdo siempre perdurará.

El alma tiene cinco sentidos; puede ver, y capta lo que nuestros ojos no pueden percibir; huele la verdad, incluso aunque nuestra parte consciente mienta con palabras banales empapadas de engaño; siente aquel dolor que la piel no puede padecer; su paladar saborea con sinceridad todo lo que nos rodea; y con sus oídos percibe su alimento, la música, la música es el combustible del alma, lo que la nutre y la hace crecer, o lo que, por el contrario, puede corromperla. La

música es un guante que palpa y acaricia lo abstracto, los sentimientos. La música no tiene manos, y sin embargo toca el alma. Lo toca, lo da de sí, lo cose y lo encoge. La música una vez entre dentro de ti no sale, y jamás serás el mismo que antes de sentirla. La música es vida, y a la vez un modo de vivirla. La música une hasta a los polos más opuestos, hace vibrar a dos enemigos al unísono. La música es como un abrazo, como el abrazo de una madre en las noches de cólera. La música es lo más bello que ha creado el hombre usando solo su más cristalina esencia, desnudando su alma y moldeándolo con el corazón. La música es aquel regalo ancestral que mueve el mar, las montañas, y que conmueve hasta el ser con el corazón más frío que exista sobre la faz de la tierra. Por ende, si cesa la música, desaparece la vida.

Daniela Sánchez Martínez

(La participante más joven del certamen en Relato Corto, de solo 15 años)

BUSCANDO A LA MUJER PERFECTA (METÁFORA DE UN OBJETIVO IMPOSIBLE)

Cuando Agustín se topó con su mejor amigo se saludaron con cordialidad, tras haberse tomado un año sabático viajando por el mundo a fin de vivir aventuras y en pos de su media naranja para contraer nupcias.

—Anda, cuéntame si durante este tiempo has conocido a tu alma gemela, la mujer perfecta para casarte —murmuró su amigo, intrigado.

—Pues, en primer lugar recorrí la costa occidental africana hasta llegar al Senegal, donde me encandilé de una linda muchacha de piel oscura, largas trenzas y labios carnosos. Una joven dulce, simpática y cariñosa.

—¿Hubo boda? —quiso averiguar el otro, frunciendo el ceño en una mueca de perplejidad.

—En absoluto. No era perfecta. Ni mucho menos. Luego volé hasta las islas tailandesas, donde quedé embelesado por una exótica doncella de ojos rasgados, nariz respingona y una frondosa melena lacia. Era una flor delicada, adorable y encantadora.

—No te andes por las ramas. Al grano, ¿te casaste? —preguntó el amigo.

—No era perfecta. Más tarde, vagando por una playa tropical brasileña, me encapriché de una preciosa mulata sensual y apasionada.

—Corrígeme si me equivoco: tampoco hubo esposales, ¿no?

—Mira por donde, ésta tampoco era perfecta —dijo Agustín encogiéndose de hombros—. Para terminar, atravesé Rusia y en la ciudad septentrional de San Petersburgo hallé a la mujer de mis sueños: alta, rubia, atractiva, lista, culta y de gran personalidad. Era maestra de música y cantaba como los ángeles. Esa chica me fascinaba. Me hacía tilín, ya sabes. A su lado notaba cosquillas en el estómago y que el corazón me latía con la fuerza de un tambor.

—¿De veras? ¿Entonces, por qué no te casaste con ella?

—He ahí el quid de la cuestión, amigo mío... Daba la casualidad que ella también buscaba al hombre perfecto.

Ramón González Reverter

LA MÚSICA DE LA CALMA

—¿Ahora lo has escuchado?

—Sí, lo he notado.

—¿Cómo que notar?

—Sí —Y respira profundamente con el pecho abierto.

—¡Uy! Me pierdes —le contesta frustrado.

—Escuchar se limita a las orejas y el oído.

—Ya, ¿y? —Pone cara de incrédulo.

—Y para notar se involucra el cuerpo.

—Vale, sí que estoy perdido —Mientras se echa las manos en la cabeza.

—¿Sabes cuándo oyes un ruido metálico y el cuerpo se estremece? ¿O cómo una voz dulce cerca de ti eriza cada pelo de tu piel?

—Sí, lo estoy pillando.

—Pues eso, yo noto. Es decir, escucho profundamente.

—Ah, creo que te entiendo; cuando voy a un concierto tengo esa capacidad, escucho con todo mi cuerpo, ¡me vibra todo!

—Efectivamente. Es a eso a lo que me refiero.

—O cuando en el confinamiento del año pasado escuchaba a las 20h00 los aplausos, me entraban ganas de llorar.

—Sí —y baja la cabeza conectando con sus pensamientos internos.

—Y volviendo a lo de antes, con ese sonido, ¿qué notaste?

—Una sensación muy agradable: la calma que te produce conectar con la naturaleza cada vez que vienes al pueblo.

Y siguieron juntos el sendero, esta vez más atentos a *la música*.

Ana Gallego López

LA CARTA QUE NUNCA ESCRIBÍ

10 de agosto

Mi muy querida Pilar:

La verdad es que he dudado profundamente sobre si debía escribirte esta carta; al fin y al cabo, no fuiste fruto más que de un par de noches pasajeras y, como bien sabes, te he escrito otras veces y no me has respondido, ni siquiera sé si mis cartas te llegaron. No obstante, me he sentido motivado a escribirte por la tranquilidad y el sosiego que me transmite este paraje; el lugar en el que me encuentro está en plena montaña y en él siento que la naturaleza se mezcla con mi ser; yo soy la tierra y la tierra es madre y la madre soy yo... La vida me ha enseñado que está llena de círculos y de retornos y me siento muy retornado y retornable, muy Ulises, muy viajero con mi barca pero que

siempre desembarca en el mismo costado del mundo, que es este y que, exigido por el pueblo y el deber, no encuentro mejor dársena en la que atracar.

Ahora que mi vida entra en cuarto menguante pienso poco o bastante poco en las consecuencias de mis actos. Al final en la vida tomamos decisiones esperando las consecuencias (en positivo o negativo); yo ahora mismo, desde esta cota en la que escribo, la verdad es que lo hago sin esperar resultado alguno y con ninguna expectativa, simplemente lo hago porque me apetece desde mi irracionalidad que últimamente es la parte que se adueña de mí en la mayoría de las ocasiones.

Por tanto, creo que dejo bastante claro que no me sorprendería que no respondieras, que tampoco lo espero, que, la verdad es que no sé siquiera si lo deseo, simplemente te escribo esta carta a modo de terapia conmigo mismo; te escribo a ti para encontrarme a mí. Realmente lo hago porque de alguna manera te dije que lo iba a hacer, aunque, supongo, que esto ahora y teniendo en cuenta nuestra situación, ya da igual.

En fin, te dije que te regalaría algo, que, pese a que tengo la certeza de que tú y yo no volveremos a vernos nunca, de alguna manera te insinué que lo haría; regalarte algo importante, algo que no se regala así como así incluso sin saber por qué lo hago. En el fondo imagino que simplemente me caes bien, o que quizá estoy en este momento de mi vida en el que con el paso del tiempo he podido reflexionar sobre los sentimientos propios y me encuentro más cerca de comprender los sentimientos ajenos.

El caso es que te regalo una palabra, una que luego te diré; ahora es demasiado pronto, aunque se hace tarde; la sombra comienza a esconder el sol desde este extraño lugar.

Recuerdo cómo encontré la palabra que te voy a regalar... en la vida a veces pasan cosas, cosas que hacen que no duermas bien por las noches, que te despiertes, que no concilies el sueño. Pueden ser físicas o psíquicas; algunos lamentablemente soportamos ambas y las más dolorosas se encuentran cuando la soledad dispara y hiere profundo haciendo un boquete tan grande que abarca prácticamente todo tu corazón. Bien. Yo me encontraba en una de esas noches, una noche en las que tu cama es la más grande del mundo, parece que fue una cama ideada para ser compartida y, sin embargo, se trata de una litera de campaña. Sabes que esta noche a ti nadie te va a quitar la almohada o te va a disputar la sábana. De hecho, te tumbas en diagonal, los pies a un lado y

la cabeza al otro pensando que de esa manera quizá separes el cansancio de tu cuerpo de la quietud de tu mente y encuentres ese sueño que hoy muy probablemente no llegará...

Y lo haces, arrancas porque quieres resolver ese anhelo de paz tan peligrosa como necesaria en estos turbulentos momentos, esa necesidad de ver el mundo debajo de ti; sabes que son unos pocos kilómetros, los has hecho muchas veces, de muy diversas maneras, sabes que el amor se encuentra ahí, sabes que es el lugar más cercano en el que te encuentras bien. Incluso has encontrado una justificación para ir; si... quieres ver salir el sol desde el punto más alto posible en un radio razonable, ver cómo la luz arranca el día y poco a poco va iluminando el valle, como se refleja en el pantano que hay más abajo; has pasado cien veces por él y no recuerdas su nombre porque para ti eso siempre ha sido algo profundamente intrascendente porque en tu cabeza solo hay códigos de cotas, caminos y puentes. El caso es que te apetece ver reflejarse los rayos de sol en una ingente masa de agua, recuerdas haberlo visto en alguna foto y recuerdas que te ha gustado. Es una sensación rara porque tú siempre te has sentido más río que mar, siempre te has imaginado saltando por chorreras y por piedras rompiendo los embalses que te pongan delante con fuerza, en contraste con la imagen de un mar quieto y tranquilo.

Entonces sucede; estás ahí arriba, abrigado con una manta y lo ves, de súbito, tu solo, entre la montaña, unos cuantos metros de altitud y comienza el espectáculo; de repente emerge la luz naranja, hacia el cielo en primera instancia y comienza a iluminar el valle. Poco a poco va creciendo, incluso dirías que algún rayo es prácticamente perpendicular a tu línea de visión, incluso parece que te molesta, naciste con los ojos claros y la luz directamente sobre ellos te hace cerrarlos.

Y lo vi, y me acordé de todo lo que me dijiste, Pilar, de cómo anhelabas el mar en esta época de guerra, de cómo deseabas verlo de nuevo en tu Gandía... y como yo soy río me vi bajar de la montaña hasta llegar a ti, al embalse que no sé cómo se llama, pese a que paso veinte veces a su lado, al mar que ahora se reflejaba medio naranja y medio plateado y que nos unía porque ese mar eres tú y se me ocurrió, y supe que había visto AMARECER.

Amarecer,

Es palabra de amor y es palabra de mar,

y cuando sale el sol,

mira a tus ojos testigo,

en cualquier lugar...

Pero Contigo.

Imagino, mi querida Pilar, que alguien alguna vez te habrá escrito una carta, quizá incluso fuese una de amor (no tengo muy claro que la que te he escrito lo sea), es probable que alguien te haya obsequiado alguna coplilla barata como esta..., pero de lo que estoy seguro es de que nunca nadie te ha regalado lo que yo; nadie te ha ofrecido algo tan absolutamente valioso como es una palabra. Así que espero que la disfrutes y que te guste. Por mi parte me tomaré la licencia —explícita o implícita— de quedarme la coautoría de la misma, ya sabes, la propiedad no es un valor intrínseco para una cabeza como la mía.... Dicho lo cual, si quisieras reivindicar algún tipo de derecho adicional sobre ella, estaría de acuerdo en discutirlo contigo con la certeza de que alcanzaríamos un acuerdo favorable a los intereses de ambas partes.

Por lo demás, espero que te vaya bien. Si preguntas te diré que yo lo estaré, puesto que yo soy río y, como buen torrente de agua brava y salvaje, fluyo y a veces crezco y en mi crecida rompo todo alrededor, y los árboles crecen cerca de mi ribera y surgen los sotos y estos sotos florecen y me hacen florecer a mí, y como dan una sombra tan agradable vienen los niños de los pueblos cercanos a merendar sin temor... y en esta época el no temer algo es un valor en sí mismo...

Queridísima Pilar, desde mi lanchera, no recuerdo si es la cota 705, ya no veo el sol, la noche lo acapara todo; hoy precisamente toca cuarto menguante, supongo que la poca luz que desprende es suficiente para llegar a mi litera sin percance alguno. Espero que esta noche no sea como aquella, espero que haberte escrito me genere cierta tranquilidad para no repetir hazaña, espero que la soledad, la oscuridad y el pasar de las horas no vuelvan a estimular mi creatividad y, por último, espero que te haya gustado mi regalo.

Sin más, me despido de ti, añadiendo el abrazo más efusivo posible dadas las circunstancias,

Juan M, tuyo,

11 de agosto

Fernando Bernal Matamoros

“No lo olvides: podrás llegar a ser lo que quieras en la vida”...

¡Ja! Nunca le dijeron que, con un cuerpo normativo, sí podría llegar a ser lo que quisiera en la vida y con sus 24 años y ese “runrún” se fue adormeciendo en el viaje de vuelta o quizá era el de ida, porque habían sido tantas veces las que Mariana había hecho ese viaje que ya no sabía si era el de retorno o el de punto de partida.

¿Por qué esta vez iba a ser diferente? Porque el destino, si es que existe, lo tenía así decidido, quizá el destino lo creamos nosotros y tenemos la capacidad de modificarlo, ¿quién lo sabe?

La historia de su vida comenzó cuando se dio cuenta de que su vida dependía de los comentarios que oía y no de lo que vivía, Mariana ya no era esa chica guapa, que se sentía fuerte, con poderío y garra, ya no, ahora solo le retumbaba en la cabeza ese: “con lo guapa que eres de cara”, y por qué no poder gritarle a todo el mundo: “¡y de culo!”

Y, desde que a sus 15 años se dio cuenta de que lo único que quería era ser músico, ser conocida por su talento y no por su físico, empezó su lucha y ahí seguía a sus 24 años, luchando y sin poder lograrlo porque sus ganas crecían en proporción a sus kilos.

Lo que más rabia le daba es que todo el mundo la miraba con cara de lástima cuando hablaba de sus aspiraciones y de salir en la tele, nadie se atrevía a decirle, que en la tele solo salían chicas guapas, que ella lo era, pero delgadas, con cuerpos nor-ma-ti-vos.

Su lucha fue férrea, con una inteligencia superior a la media, no tanto por su CI, sino por su capacidad de observación intentaba todo lo que estaba en sus manos y, cómo no, también se hizo la reina de las redes sociales; supo posicionarse contra la xenofobia, a favor de LGTBI, mostrar sororidad entre mujeres, abogar por la igualdad de todos los cuerpos, empoderar a la mujer por el hecho de ser mujer y mil chorradas más para crecer en followers que solo quieren un feedback, que no les interesaba la música, que se vendían por un puñado de likes y ella solo quería ser músico, vivir de la música y llegar a ser alguien conocido, de renombre y triunfar como los grandes.

Salió de las redes y siguió buscando su camino y su felicidad en la música, pero de nuevo su físico era su muro.

Eres muy grande, se te ve demasiado, tienes que pasar a un segundo plano porque tapas mucho al resto de compañeros, quizá si te pusieras en esa esquinita, no estaría mal en esa zona de allí, o simplemente un “no das bien en cámara”, o incluso un “si adelgazases quizá sí podrías llegar a ser alguien puntero”... y. entonces, ¿dónde quedaba su talento?, ¿no importaba o es que no tenía talento suficiente?

Un día un encuentro fortuito le abrió los ojos a algo que ya sabía pero que quizá necesitaba oír de alguien que lo había sufrido y, como ella, era otra “gorda anónima”.

Su infierno se tornó un poco más templado, diríamos que incluso empezó a querer subir al cielo y empezó a quererse un poco más.

La edad y los kilos son un número que cada uno decide lo que quiere que le afecten, pero los sueños son de cada uno y no se pueden desperdiciar.

El talento no se aprende, se nace con él y hay pocos afortunados que lo tengan y puedan llamarse artistas, es algo innato.

Nadie tuvo la capacidad de ver que debajo de ese cuerpo grande y gordo había un corazón que latía y sufría como cualquier otro.

Las risas que produce ver un cuerpo no normativo, deberían quitarse en el momento en el que cada uno hace un poquito de examen de conciencia y ve cuáles son las carencias personales, las escasas habilidades personales e incluso las frustraciones que cargamos y no somos conscientes que tenemos.

Un llamamiento a esas mujeres que piden que los hombres no las piropéen, ya que muchas veces no son conscientes de que son ellas las primeras que critican a las mujeres que tienen al lado por cómo se han engordado o el aspecto de su cuerpo.

Guadalupe Blázquez García

PLAYLIST DE CORAZÓN

Cuentan que basta abrir Spotify, crear una playlist e inundarla de canciones para tener la música de tu vida.

Pero la buena música de una buena vida, no se nutre de Spotify, sino del soul o alma, como decimos por aquí. No es cuestión de echarle sangre, sudor y lágrimas; pero si ponerle unas notas de amor, recuerdos, lugares...

Mi play empieza bajo un fuerte silbido del viento que atiza La Mesa. Eolo desciende por sus laderas meciendo las vainas de los piornales como si de miles de diminutos sonajeros se tratasen. Qué mejor banda sonora para la primera velada bajo unas retamas en el entorno de San Pedro. Rompe esta melodía, el sonido de unos cencerros que en Collaviejo anuncian visitantes vacunos. También lo indican los zumbidos de las moscas que acuden al festín de las generosas boñigas de estos animales.

Y el agua, relajante melodía en su trepidante camino por el Arroyo de la Gargantilla.

Se incorpora el acompañamiento de flauta, maravillosa orquesta ornitológica que desde los robles o cualquier recoveco nos deleitan con su función.

Llegamos al quiosco de la música popular por excelencia: la plaza y sus alrededores. Una algarabía de sonidos en la que sus músicos se reparten en múltiples formas y estilos: niños, botellines, perros, encuentros, naipes, campanas, bailes folclóricos desde el Alberche a Ucrania, más niños y un sonoro "truco", agitado por un jugador de cartas como si fuese el bombo a modo de chim-pum de la función. Pero no acaba, porque alguien grita: "¡retruco!" y la fiesta sigue.

Y sigue esta playlist, con el campanario de la Iglesia, música celestial para unos y sobresalto para los que osan dormir cuando los demás viven. De allí también mana el pregón modernizado, que sustituye la cornetilla por un preludeo del cancionero más popular para captar la atención del vecindario.

Nos vamos con la música a otra parte, a descubrir relajantes sonidos de la garganta, la Fernandina. El agua fluye con tal fiereza, que hasta la trucha arcoíris es capaz de bailar en estas frías aguas hasta mezclarse en Las Sildas con el resto de bañistas. Y ahora toca un mix de percusión y aire. Bullicio y gritos

de los osados que aplacan el calor en este río y el petardeo de motocicletas y coches que rondan por este lugar.

En nuestra lista de canciones hay hueco para suaves melodías de nuestro entorno natural y el más puro heavy motor. De hecho, como colofón ya llegando al Pontón, escucho una leve vibración. Mientras miro al cielo intentando descubrir al dron que está grabando un nuevo publlirreportaje de Navarrevisca, adivino que no es un dron lo que aletea, sino un ciervo volador. Otro sonido para una playlist de corazón.

Miguel García Cacho

SE ES O NO SE ES

De pie, arrinconada sobre el escenario, con la guitarra aún en sus brazos, Ana Oso recibe los aplausos enfervorecidos de un público rendido a su música. Se ha presentado "La ruta natural", su último trabajo que ve la luz tras años de incómodo silencio.

A Ana, la mirada le brilla incluso en tinieblas, y la sonrisa entre tímida y avergonzada, le dotan de un misterio angelical que siempre la hicieron irresistible. Lleva su vestido azul oscuro estampado con signos aritméticos y teoremas físicos, sus medias de rejilla y los tacones rojo cinabrio hermanados con el color de la boina.

En la sala, en el lado opuesto, mezclado con el público, se encuentra su padre, que no cesa de aplaudir mientras las lágrimas le caen por las mejillas. Ella abandona apresurada el escenario por bambalinas, mientras el auditorio continúa exaltado entre vítores ensordecedores.

Ana corre por las calles en busca del aire que le falta para respirar. La noche clara iluminada por la Luna le guía entre la oscuridad camino de la ribera del río. Ana ama el río desde que era una niña pequeña desnuda, con el pelo rubio rizado y chapoteaba entre risas, jugando con su padre a ver quién salpicaba más a quién. Él la tomaba después por las manos y la giraba sobre sí mismo haciéndola volar a su alrededor con las piernas alzadas y con el cabello virando de lado a lado por el efecto del viento. Otto, el padre de

Ana, era un prestigioso físico nuclear. Desde pequeña le inculcaba conceptos de su oficio y contaba con orgullo a sus amistades que Anita sería la nueva Marie Curie. Ana pronto decidió que prefería ser Cecilia y su padre enamorado del espacio/tiempo no entendió que su hija escogiera su propio espacio y su propio tiempo. Su primer disco lo tituló "No deseo yo ese don" y él nunca acudió a los distintos conciertos que por las salas de la ciudad le fueron preparando.

Ahora, sentada en el ribazo del río, Ana toma un canto plano y liso entre sus manos. Antes de arrojarlo al agua con violencia cree escuchar sus risas junto a las de su padre de cuando jugaban a capar el río y peleaban por ver quién conseguía hacer la rana más saltarina. Mira la piedra que desliza entre sus dedos, grita al cielo con rabia y la lanza con tal destreza que la rana se repite incesantemente durante incontables ocasiones. A su lado una de las truchas amigas salta intentando emular a la piedra sin éxito. Ana se gira y corre decidida, con rumbo claro, pero sin tener consciencia de ello. Vaga por la senda del río hasta tomar el camino que bordeando la montaña lleva al cementerio. Tras ella, a una prudencial distancia, le sigue su padre. Tras sortear el hayedo que actúa de recibidor, llega a los muros de piedra arenisca que delimitan el perímetro de la necrópolis. Encuentra la puerta abierta y entre fuegos fatuos, mausoleos y flores marchitadas avanza en dirección al panteón familiar. Desde que murió su padre nunca volvió al cementerio. Siempre tuvo un sentimiento de culpa del que desconocía el origen pero que le atormentaba el alma. Se acercó a la lápida y retiró unas hojas que el comienzo del otoño había abandonado a su suerte. "Otto Oso Salas", reza la losa que cubre sus restos. Debajo, el epitafio que ella nunca había leído ya que en el momento del sepelio aún no estaba grabado.

Hasta que la música alejó sus vidas, antes les unió, cantando juntos canciones infantiles, de folk o jugando en multitud de ocasiones a componer con palíndromos: Ojo. Arenera. Rotor. Ana. Otto. Oso. Salas.

Cuando ella decidió contar a su padre que tocaba la guitarra, que era cantautora y que componía en la clandestinidad por miedo a defraudarle, encontró ofensa en lugar de comprensión. Sobre una mesa de su laboratorio abandonó una cinta con su primera maqueta, un trabajo que nunca llegó a publicar pues la incompreensión de él le generaron tantas dudas y frustraciones que no le permitían respirar teniéndolo entre sus manos. En el dorso de la 3 casete como encabezado, en negrita y subrayado se podía leer lo

mismo que figura hoy en día como epitafio en su tumba: "Se es o no se es".

Cuando lo leyó comenzó a llorar sin consuelo y creyó escuchar la voz de Otto, que un buen día en el río, mientras intentaban coger truchas a mano que después siempre soltaban le comentó: "Podrán pasar mil cosas. Podrán pasar mil años y aunque este testarudo crea tener razón si implica con ello que tú no seas feliz sabrá que está equivocado, aunque la muerte se lleve el secreto hasta la tumba".

El padre abrazó a Ana por detrás y le susurró perdón al oído, ella en esta ocasión no creyó oírle porque sabía perfectamente que le estaba escuchando. Notó sus fríos brazos que en vida eran calientes y aunque no le vio pudo imaginarlo perfectamente. Buscó su cara y acarició el bigote, como cuando cogían una gamba y comparaban juntos, entre risas, quién lo llevaba más largo. Revolvió su pelo entrecano hasta que los dedos se perdían entre sus rizos y creyó volver a ver su nariz permanentemente ruborizada, sus ojos miel con los bordes esmeralda y olió visiones seguramente, pero ese jabón casero de lavanda le empapó de nuevo su nariz. Otto la miró y desgranando amor le dio su tradicional beso en la frente. Ella lo sintió. Te quiero pequeña. Te quiero papá.

Un año después, "Se es o no se es" ganó el premio Internacional de Música Víctor Jara. Al recoger el galardón vestida de azul oscuro con estampados de signos aritméticos y teoremas físicos, con sus medias de rejilla y los tacones rojo cinabrio hermanados con el color de la boina, Ana concluyó: "Gracias a la física ahora soy música". Otto, sentado en primera fila en la butaca que se había quedado libre voluntariamente para él, aplaudía con satisfacción, mientras las lágrimas surcaban su rostro y creía sentir cómo su hija le buscaba y le encontraba con la mirada.

Luis Cámara García

UNA CLAVE MUSICAL

Era un joven muy talentoso. Se llamaba Francisco. Él era argentino, más precisamente de la Ciudad de Córdoba.

Le gustaba mucho el canto, en todas sus formas.

No acudía a ninguna academia, lo hacía de un modo casi profesional.

Todos le decían que debía de ser famoso porque su voz era espléndida. Él no quería serlo.

Era muy humilde, nunca decía que cantaba bien, ni mejor. Sólo decía que amaba la música.

Un día, caminando por las calles, con mucho tráfico, iba escuchando con sus auriculares una música clásica que a él lo relajaba tanto. Hasta que, de pronto, un coche se le vino encima... y perdió sus piernas.

Él no podía creer lo que había sucedido, y había quedado inconsciente por unos minutos.

Tuvo que afrontar la situación, que, por cierto, era muy dolorosa e injusta, pero lo hizo. Era muy fuerte a pesar de todo.

Sus padres y amigos lo apoyaban mucho en todo lo que él necesitaba. Y con eso le bastaba.

A partir de un día, no se quejó más, ni lloro más, solo sonreía.

Él sabía que no podía cambiar nada en su vida, debido a ese accidente, pero no podía ser un infeliz en toda ella.

A nivel intelectual, razonaba perfectamente, y a nivel de ánimo estaba bien. Solo le faltaban sus piernas, pero no era un impedimento para seguir disfrutando de la música.

El cantaba siempre esto: "no tendré las piernas, pero a ti te tengo, no tendré oídos, pero a ti te escucho, no tendré vista, pero a ti te oigo, no tendré olfato, pero a ti te huelo, no tendré gusto, pero a ti te puedo degustar". Él jugaba con todas las palabras. Para él, el canto era un gran sanador.

El conoció a una mujer por medio de internet que era no vidente, y que también amaba la música. Ella le decía que la misma era todo para ella, que era su gran mundo.

Con el tiempo, luego de largas conversaciones, se comenzaron a necesitar el uno del otro.

Hasta que llegó el día en que se citaron. Francisco la veía hermosa, y ella, Analía, lo veía más hermoso, él la oía fabulosamente, ella a él, él la besó y ella sintió

sus labios sobre los suyos y se enamoraron. Había una energía entre ellos que superaba todo.

Francisco entendió que a veces no hace falta tener un miembro para sentir, se siente igual o mucho más. A ella le faltaba la vista y a él las piernas, pero ambos tenían la música en su corazón. Eso los unía.

Cuando ensayaban el solfeo él decía muy risueño: "¿Dónde colocaste mis pentagramas?"

Ella decía: "en tu cama, ¿no los ves? Y reía.

Él dijo:

"Revisando en mi cama estoy, pero no hay nada aquí".

Y ella seguía riéndose.

El volvió a decir: "Mi pentagrama se perdió".

Ella estaba algo pensativa.

Él dijo: "Fácilmente pude habérmelo olvidado en algún lugar"

Ella dijo: "¿y ahora que hacemos?"

Él dijo: "solcito de mi corazón, lo mismo vamos a cantar..."

Ella sonrió.

Él dijo: "la canción más hermosa del mundo"

Ella siguió sonriendo.

Él dijo: "si estoy contigo ¡lo será!"

Ella dijo: "do re mi fa sol la, si!!!!!!!"

Él dijo: "¡sí, mi amor!, eso quise decir, qué bella e inteligente eres".

Y simplemente, de eso se trata el amor, de poder ver más allá de los ojos, poder sentir el alma.

La música nunca más los separó.

Porque la clave no era la del sol...

Gisela Gandolfino Aiassa

PASIÓN POR LA MÚSICA

Desde pequeña siempre me gustó la música. A los cinco años cogía cualquier cosa de instrumento, como un plato al que daba con un palo muy apreciado para mí. Con ello interpretaba la melodía más bella que en ese momento manaba de mi joven cerebro.

Fui creciendo, y con ello cambiando de "instrumento": cogía el caldero donde mi madre hervía la alimentación para nutrir a los marranos, y con las tenazas de la lumbre lo tocaba. Me ponía como un cristo, embadurnada de negro, pero yo disfrutaba.

Algunas veces me tenía que cambiar hasta tres veces de ropa en el mismo día. Mi madre tenía conmigo una paciencia santa. Hasta que fui más mayor, cualquier cosa me servía para hacer música. Me inventaba las canciones y eso me hacía feliz.

Nunca tuve un instrumento, hasta hace muy pocos años que me compré un laúd. Fui a clases para aprender a tocarlo, y ya hago mis pinitos; Incluso he compuesto alguna que otra canción.

Soy la segunda de seis hermanos, y me encantaba cantarles diversas nanas para dormirles cuando eran pequeños. Me encantaba tocar una botella en Navidad y pedir con mi pandilla de puerta en puerta el aguinaldo.

En mis tiempos no había ni televisión ni radio: probablemente había entre quinientos vecinos una sola radio, por lo que era muy difícil escuchar música. En las ferias vendían unos folletos que contenían las canciones de los cantantes más famosos de aquellos tiempos, como Roberto Carlos, y le pedía de pequeña a mi madre que me los comprase; aunque siendo ya más mayor los compraba por mi cuenta.

Si iba a por agua a la fuente, iba soplando el cántaro y a la par dándole con los nudillos de la mano que me quedaba libre. Cuando llegaba a la fuente y el cántaro se estaba llenando, les cantaba a mis amigas una canción mientras tocaba las palmas. Me decían que era la loca del pueblo, pero eso a mí me traía sin cuidado pues yo era feliz así. Pasado el tiempo me casé y me fui con el amor de mi vida a Alemania. Allí solo tenía tiempo de cantar en la fiesta de mi trabajo unos villancicos por Navidad; eso sí, en alemán, ya que los idiomas son también mi gran pasión.

Hoy en día sigo con la misma pasión de siempre. Pese a que a lo más alto que he llegado ha sido cantar en la plaza del pueblo, actualmente canto en el coro de la Iglesia.

María Juvelina Porto

ESCRITURA RÁPIDA

Primer premio Marramblas y Farraguas 2021

UNA VIDA POR DELANTE

El día había empezado como otro cualquiera, pero, en menos de 10 segundos, nuestro destino había cambiado para siempre. No había terminado de fregar el puchero en el que habían cocinado las patatas, cuando Pura llamó a la puerta y, dando un grito, dijo:

—¡Manuela! ¿Qué haces? ¿ha vuelto ya Teo de dar la vuelta a los borregos?

—Sí, aquí anda refrescándose un poco” — respondí, según cruzaba el medio casa derecha a la ventana.

—Dile que ha llamado Valentín, que a las 3 vuelve a llamar. Ha dicho que es importante.

En ese mismo instante, ya viendo el rostro de Pura a través de la reja, asentí con cara de circunstancias. Un pequeño pinchazo me iba recorriendo el estómago hasta subir a la garganta y me vino justo para darle las gracias con un hilo de voz.

En seguida me volví para adentro y me sequé las gotas de sudor de la frente con el mandil.

—¡Teo, Teo!—grité en cuanto pude, mientras iba a buscarle a la habitación. Yo sabía lo que esa llamada significaba, lo habíamos hablado bastantes veces y la decisión estaba tomada, pero nunca la había sentido tan real, como en ese mismo momento.

Al fin le encontré peinándose mientras se miraba en un pequeño espejo, mojando el peine en un poco de agua de la palangana.

—Dime, Manuela, ¿a qué viene tanto alboroto? —Me dijo.

—Pura, que ha venido a avisar. Valentín ha llamado y dice que estés en la taberna a las 3. Volverá a llamar a esa hora para decirte algo importante. Teo, ¿sabes lo que eso significa? Ahora sí que no hay vuelta atrás —contesté, de forma atropellada.

Empecé a ver en sus ojos un brillo distinto. No sabría describirlo sin mezclar dos emociones, aparentemente tan dispares como el miedo y la ilusión. Los dos sabíamos que no había muchas más opciones, pero no dejaba de ser un salto al vacío. Teo había estado toda la vida con los borregos, salvo en dos ocasiones: una para hacer la *mili* en Madrid y la otra para talar árboles una temporada en Angers.

Mi caso no era muy distinto, casi no había salido de aquí. Solo de pensar en dejar mi casa, mis hermanos y a mi madre, y el corazón me empezaba a bombear con fuerza. Sin su ayuda, sin su cercanía, ¿qué haría yo?

Visualizaba la ciudad como un lugar frío, lúgubre e incluso salvaje, lleno de desconocidos y algún que otro buscavidas oportunista, a los que no sabríamos como identificar. Aquí no hacía más que salir a la puerta y ya te encontraba con alguna vecina, que rara vez no era a su vez pariente cercano por un lado o por otro. Es verdad que allí teníamos a Valentín y a Nati, pero no por ello iba a dejar de ser duro.

Teo terminó de asearse y me pidió que preparase la comida. Santiago y Andrea estaban a punto de llegar de la escuela. Comimos más callados que de costumbre y Teo casi no levantaba la mirada del plato, salvo para indicar a Santiago que comiera. “Oveja que bala, bocado que se pierde. Venga, come. Si don Francisco te ha castigado, por algo será”.

Recogí los platos apresurada, me puse los zapatos y a las tres menos diez salimos de casa. Nerviosos, estábamos a las tres menos cinco ya al lado del teléfono de Pura. No hicieron más que sonar las campanas de la iglesia dando las tres y el timbre del teléfono empezó a sonar de forma estridente. Teo cogió el aparato con fuerza y dijo:

—Valentín, ¿qué tal, hermano? (...) Sí, todos bien (...). Vale, de acuerdo (...). Así lo haré, no te preocupes (...). El viernes a primera hora marchamos.

A mí no me hacía falta oír a Valentín. Algo habrá encontrado para Teo y era cosa urgente. Demasiado, quizá. Volvimos a casa en silencio y casi llegando Teo me dijo: “Manuela, este domingo empiezo con unas guardias en una fábrica. Nos tenemos que marchar el

viernes. Nos llevamos lo imprescindible, ya volveremos a por el resto más adelante”.

De repente comprendí lo difícil que iba a ser meter una vida en una maleta. ¿Qué era lo imprescindible? ¿Cuándo volveríamos a por el resto? ¿Cómo se lo diríamos a los niños?

Esa misma tarde subí al *doblar* y cogí una maleta de madera que hasta ese momento solo guardaba polvo. Después de dos días desocupando armarios y seleccionando enseres, a la luz de un candil introduje la última prenda. El mismo viernes, el canto del gallo nos encontró a Teo y a mí tumbados en la cama, mirándonos fijamente, en silencio. Ninguno de los dos había pegado ojo. En plena quietud empezamos a preparar todo interrumpiéndose nada más que con las quejas de Andrea y Santiago por tal madrugón.

Allí, a las 8 en punto, estábamos en la puerta de casa, esperando el transporte, dispuestos a cambiar nuestra vida, tan solo con una maleta con lo imprescindible.

Virginia Hernández Paz

Segundo premio Marramblas y Farraguas 2021

DARÍO DIARIO DE UNA DISLÉXICA

El día había empezado como otro cualquiera, pero, en menos de 10 segundos, nuestro destino había cambiado para siempre. Abrí los ojos y allí no estaba ella. Desesperada la busqué durante horas, días, semanas, incluso meses. Sin rastro. No la encontraba. La que parecía mi mejor amiga había desaparecido sin dejar explicación.

Y yo, llena de preguntas.

Me sentía vacía, había compartido con ella toda mi vida desde que nací, y ya no estaba. Se me hizo raro —no te voy a mentir—, lo pasé muy mal. Creí que la había pasado algo, incluso llegué a pensar que se había suicidado, pero eso no era posible. Ella era una persona llena de vida, de alegría que siempre estaba para todos, que no temía a la muerte, pues decía que en algún momento iba a llegar, y razón no le falta.

Queridos lectores y lectoras, he de introducir aquí una pregunta. ¿Ha estado ustedes cerca de la muerte alguna vez? No me refiero a estar a punto de morir, sino a sentir el pánico que produce la muerte de verdad, la muerte a nuestro alrededor. Es decir, experimentar la muerte de algún familiar o amigo. Son pocos, pero muy afortunados, las personas que aún —y digo aún porque en algún momento llegará— no han sufrido este tipo de dolor. Porque si usted, querido lector, lo ha vivido en sus propias carnes, sabrá de lo que hablar. Pues es justamente ese dolor al que yo me refiero. Cuando no encontré a mi amigo, sentí que en el mundo se me caía, no sabía cómo reaccionar.

Lloré, sí, y lloré mucho. Después de casi tres meses aún seguía sin asimilarlo. Se había ido, no sé muy bien dónde, y no me había llevado con ella. Me volvía a tirar en la cama, aún con los ojos vidriosos. ¡No puede ser verdad, esto tiene que ser un sueño! Grité lleno de ira. Después, terminé durmiéndome entre los sábados empapados de tato llorar.

Al día siguiente, me desperté mucho más relajada. Por fin lo había aceptado.

—Mi mejor amiga se ha ido; sin decir nada a nadie, pero ahora soy yo lo que tiene que tomar las riendas de mi camino para poder salir adelante, pensé, y tenía toda la razón. No tenía ni más mínima idea de dónde estaba ella, pero sí sabía dónde estaba yo y lo que quería hacer a partir de ahora.

Pasaron varias semanas en las que yo estaba empezando a rehacer mi vida. Me sentía mucho mejor, aunque seguía teniendo una espinita clavada por no encontrarla. Me dieron varios ataques de ansiedad por no saber cómo gestionar esa situación —me estaba superando todo esto—. Fue entonces cuando decidí que tenía que ir a ver a un profesional, un psicólogo.

Llegué a su consulta, abrí la puerta. Estaba temblando. No sabía qué iba a pasar. Entré, ahogada en un mar de dudas que bailaban en mi cabeza. La psicóloga —muy maja, por cierto—me empezó a hablar y yo le conté todo lo que había pasado. Al finalizar la sesión me dijo que si quería volver.

—Sí, por favor, no sabes la gran ayuda que me estás dando—respondí, entusiasmada.

Estuve yendo varios días y en uno de ellos, me dijo que escribiera todo lo que me había ocurrido en relación con mi amiga y así es cómo surgió este

amasijo de palabras que, de alguna manera, estoy intentando dar forma.

Hoy fue mi último día con la psicóloga, —no digo el nombre para preservar su anonimato—, sin duda ha sido el mejor día. Al terminar la sesión he encontrado a mi amiga. Sí, de lo que os hablé antes, que creía que se había ido o suicidado, eso mismo. Ella estaba allí, con mi psicóloga, hablando las dos juntas justo cuando yo entré.

La vi, me vio. Fuimos las dos corriendo a fundirnos en un abrazo eterno. Y tan eterno fue que aquella amiga que creí haber perdido era realmente yo misma. Os lo podría haber dicho al principio, sí, pero quería contaros la historia tal y como sucedió. Desde el principio hasta el final, sin altibajos, tal cual pasó.

Me gustaría, para terminar, darles mi punto de vista sobre este tema (ir al psicólogo) que aún sigue siendo tabú.

Suelo escribir sobre cosas que he vivido a las cuales les puedo extraer una moraleja. Pero no es el caso. Hay días en los que pienso que debo aceptarme tal y como soy, y otros en los que intento cambiar todo de mí, casi como la canción.

Nos da miedo decir lo que sentimos, actuar como realmente somos por miedo a perder, a decepcionar a nuestros seres queridos. Está igual de bien hacer lo que a uno le apetece a no hacer lo que no te apetece. Cambiar de planes, incluso de opinión, es totalmente respetable, pues demuestra crecimiento personal.

Está bien no estar bien. Somos libres de hacer y decir lo que queremos ser y sentir —siempre y cuando no privemos a otras personas de tu libertad—. Aquí tenía razón el filósofo Kant con su imperativo categórico: “Obra solo según una máxima tal que desees que se convierta en ley universal de la naturaleza” —se nota que lo he estudiado—. Ahora en serio, lo que quiero decir con esto es que tenemos que actuar de tal forma que no dañemos a nadie, ni a nosotros mismos. Al fin y al cabo, no cuidar de nuestra salud mental es sinónimo de perjudicarnos a nosotros y a las personas de nuestro alrededor que se preocupan.

Seguramente escribir sobre ello solo sea el primer paso de muchos. Comprometámonos a escucharnos más, a cuidar nuestra salud mental. Aún tenemos mucha historia con contar.

Con esto termina esta mini darío —perdón, darío no, diario. También soy disléxica—. “Si estás leyendo esto es porque me he liberado de ti, cruel y opresor yo.

Firmado:
Tú”.

María Martín Moreno
18 años

Tercer premio Marramblas y Farraguas 2021

TODO EL TIEMPO QUE HAGA FALTA, TE ESPERARÉ

El día había empezado como otro cualquiera, pero, en menos de 10 segundos, nuestro destino había cambiado para siempre.

Alec y yo nos conocimos un día de verano en la playa. Yo solía ir prácticamente todas las mañanas, me calmaba sentarme en la arena con el romper de las olas de fondo y pensar en mis cosas. Él solía ir a surfear y un día se acercó a mi y empezamos a hablar.

Me enamoré irrevocablemente de él. De su risa. De cómo con solo mirarme entendía todo lo que me estaba pasando, incluso aunque ni yo mismo lo entendiera. Pasaron los años y, aunque fue difícil por la Universidad, pues pasamos de estar a diez minutos andando a una hora en coche, el cual ni teníamos, conseguimos superarlo. Después, tras seis años de relación, decidimos irnos a vivir juntos. Alec prefería casarnos ya, no dejaba de repetírmelo, y aunque yo también quería y sabía que era él con quien debía pasar toda mi vida, siempre he sido de ir muy despacio, de pensar mucho las cosas. No mentía y diré que la convivencia fue perfecta al principio. Hacerte a una persona cuesta, pero con el tiempo lo encajamos. Con él todo era así, fácil. Y la rutina, otro problema que suelen tener las parejas con los años, con nosotros no pudo.

Siempre hacíamos cosas nuevas. Viajábamos. Mis padres solían decirme que parecía que llevaríamos meses saliendo, y no ya entonces casi una década.

Él era mi persona, y yo la suya. Daban igual todos los problemas, los frentes abiertos, con él sabía que todo iría bien. Cuando me abrazaba y yo escondía la cabeza en el hueco de su cuello, todo él, su olor, su tacto, incluso su presencia, eran capaces de tranquilizarme. Supongo que es lo que sienten todas las personas enamoradas. Ese deseo de estar siempre a su lado, de tocarlo, de protegerlo. Ese recordatorio que te haces a ti mismo todas las mañanas al despertar a su lado "Voy a hacerle feliz. Siempre".

Por eso, cuando la vida juega contigo y te lo arrebató, sientes que lo has perdido todo. Que ya nada tiene sentido. Pierdes la noción del tiempo. Se te olvida comer. Toda tu rutina queda eclipsada por el dolor. Apenas eres capaz de hablar porque si abres la boca solo saldrán sollozos. Luego está la impotencia. Todos esos "¿Y si...?" hipotéticos sobre por qué tuvisteis que salir a cenar justo esa noche. Sobre por qué no condujiste tú, y así la situación hubiera podido ser a la inversa. Así ese hombre que te cambió por completo seguiría contigo. Pero la realidad es la que fue, y ya nada pueda cambiarla.

La tarde de ese fatídico día, en la que mi vida se rompió, fue la más feliz de todas las vividas. Alec pensó en ir a la playa de Sudest Castle, donde nos conocimos, donde de jóvenes él surfeaba y yo encontraba mi sitio idóneo para leer. Llevamos comida, una especie de picnic en el que lo único que salió mal fue por culpa de la gaviota que nos robó nuestros sándwiches vegetales. Aún sonrío al recordar a Alec corriendo por toda la playa mientras despotricaba sobre todas las gaviotas del universo.

Cuando el sol ya se escondía y su reflejo se desdibujaba sobre las olas, Alec aprovechó para hacerlo. No hincó la rodilla, no hizo falta. Me dijo lo mucho que me amaba y que deseaba hacerme el hombre más feliz del mundo. Yo ya estaba llorando desde que sacó una cajita de su bolsillo y entendí lo que me iba a pedir. Como he dicho, fue el día más feliz de mi vida. Tenía todo lo que nunca podría haber soñado. Le tenía a él. Y cuando te encuentras en la cúspide de la felicidad y en un momento, en unos segundos, te arrebatan todo, eso te destroza. A mí me mata.

Prefiero no dar muchos detalles sobre el accidente, solo diré que lo que iba a ser una cena perfecta para celebrar nuestro reciente compromiso, acabó con nosotros. Postré a Alec en una cama, en coma, durante estos últimos cinco años. Y sé que

debería tener esperanzas en que despertar, y de verdad que pienso eso todas las mañanas, me obligo a mí mismo a tener fe, pero no sé cuánto más aguantaré. Los médicos, mis amigos, mi familia, todos me dicen de una u otra manera que intente rehacer mi vida, pero no puedo. No quiero. Me entregué a él de todas las formas posibles, es el hombre de vida. No puedo sencillamente olvidarle. Por mucho que me destroce ver nuestra casa, tan sola. Por mucho que duela verte así. Acepté casarme con él, y aunque legalmente no lo estemos, él es mi marido. Daría la vida por él. Y aunque haya días que siento ahogarme, sé que él está luchando. Y que si algún día volveremos a abrazarnos. Y celebraremos nuestra boda. Y después tendremos hijos, como siempre hablamos.

No sé cómo acabará nuestra historia, Alec. Pero si algo puedo dar por sentado es que te esperaré. No importa cuánto tardes en despertar, yo voy a estar aquí contigo.

Y sé que, si pudieras decirme algo, sería que te dejara atrás, que te olvidara, y me volviera a enamorar... pero es que no puedo. Han pasado ya cinco años desde que te perdí, catorce desde que nos conocimos, y a cada día que pasa me doy más cuenta de lo mucho que te quiero.

Me doy cuenta de que siempre fuiste tú. El amor de mi vida y, aunque esta nos haya llevado por aquí, eso no va a quitar lo feliz y completa que me siento a tu lado. Aunque no me puedas contar esos chistes tan malos que solo tú te sabías, yo seguiré esperándote. Porque no tendría sentido intentar rehacer mi vida. Nada tiene sentido si tú no formas parte de mí.

Te esperaré mil años más si hace falta. Hasta el día que vuelva a abrazarte.

Te quiero.

Tu Adam.

Jorge Martín Rodríguez Fernández
17 años

CUANDO PAPÁ SE FUE

Aquel domingo se cumplirían 18 años de aquello. "¿Tanto?", dijo el extranjero. "Ni uno menos, quién lo iba a decir", respondí.

“Él sabía que no iba a volver”, paró para coger algo de aire y prosiguió. “¿Te acuerdas de lo que nos dijo antes de ...?”. Un largo silencio se apoderó de la estancia. “Sí, lo recuerdo todo”.

Aquellas palabras se quedaron grabadas en mí:

—¿Sabéis lo que es el optimismo?

—No. —respondimos.

—¿Y el pesimismo? —Él captó nuestra negativa y continuó:

—Pesimismo: tendencia a juzgar las cosas en su aspecto más positivo o favorable y, por ende, optimismo es la tendencia a juzgar las cosas en su aspecto más positivo o favorable —sentenció, después de buscar la incógnita en su fiel diccionario— El optimismo es un bien, una cualidad que no todos poseemos. A veces la vida tiene que ponernos en jaque para descubrir que lo tenemos. ¿Y si de repente dejas de sentir que lo tienes? Sin ningún motivo el optimismo se fue, sin avisar, solo dejó un regalo para ti.: el pesimismo. ¿Y si el pesimismo pensó que no lo valorabas? ¿y si se cansó de ti y la única forma de hacer que lo valores es irse?

¿Quién ganó? ¿Tú o el optimismo? ¿El optimismo o tú? Ninguno, porque si el lugar que posee el optimismo lo ocupara el optimismo, tu felicidad quedaría totalmente mermada, reducida, menoscabada a un efímero adiós. “Adiós, optimismo”, recalcaría pesimismo en señal de equilibrio hacia él. El optimismo y el pesimismo tienen que aprender a convivir, a buscar su equilibrio y, para ello, vosotros sois su principal herramienta. Sed sus guías, sus cicerones y sus maestros, y además el vuestro propio. Enseñaos mutuamente lo que yo os estoy enseñando. Responded vuestras propias preguntas, ya que esa es la única manera de encontrar la felicidad. “Sí, también se apoderaron de mis recuerdos, teníamos 12 años y no entendimos nada”. Fue lo último que le escuché decir.

“A mí me dijo algo más: Mario, aunque no tengas tus mismos genes, sigue siendo tu hermano, deja de llamarle extranjero y quiérole”.

“Tú como siempre, sin hacerle caso a papá, todavía me sigues llamando así”.

“Cierto, pero nunca dejaré de quererte, como dijo papá”. Nos miramos y el extranjero y yo nos fundimos en un fraternal abrazo. le quiero mucho y ahora él lo sabe.

Elvira Martín García
16 años

EL MENSAJE

El día había empezado como otro cualquiera, pero, en menos de 10 segundos, nuestro destino había cambiado para siempre. Pero empezamos por el principio.

Era un sábado 14 de agosto, a las 7:45 a.m, cuando Philip estaba en su gigantesca empresa esperando la llamada de su hijo Peter, el cual estaba en un hotel en el centro de México, pero, en vez de eso, recibió un mensaje de un número desconocido, que decía:

“Philip, Philip, no debiste amenazarme... ahora el pequeño Peter pagará las consecuencias...”.

Este se sobresaltó al saber que su querido hijo corría peligro. Llamó a su esposa, Matilde, y juntos fueron al cuartel policial a dar la voz de alarma.

Cuando la policía estuvo al tanto del caso, comenzó una profunda investigación para encontrar al niño desaparecido.

El comandante James Hooper fue el primero en tomar la iniciativa de trasladarse al centro de México, con el objetivo de detener al culpable detrás de esta pesadilla.

Cuando llegó, se dirigió al hotel en el que se hospedaba el pequeño, y no pudo creer la respuesta que obtuvo al preguntar por Peter...

Mientras tanto, los padres del niño intentaban contactar con el misterioso número, totalmente desesperados. “Debe aparecer nuestro hijo”, gritaba Philip.

Matilde, mientras tanto, solo lloraba desconsolada, al pensar en lo que le podría haber pasado a su hijo.

El comandante seguía paralizado, repitiendo en su mente las palabras obtenidas al preguntar por el pequeño, las cuales fueron “Peter se fue de aquí hacia un lugar mejor...”.

De repente, se le ocurrió buscar información en Internet, le aparecieron los mejores lugares del mundo, entre los cuales estaban las Pirámides de Egipto, pero con un mensaje que no lograba descifrar. Finalmente entendió que eran unas coordenadas, las

cuales le llevaban a la pirámide más famosa de todo Egipto. En ese momento entendió que era allí donde debía estar.

Al poner al tanto de todo a sus padres, fueron todos juntos hasta allí. Una vez llegados se dispusieron a entrar a la gigantesca pirámide. Decididos, pero aterrorizados.

Al estar dentro, descubrieron que no era una pirámide, sino un pasillo gigantesco dentro de esta, lleno de trampas y desafíos. El primero era fácil, simplemente poner en un código la fecha de cumpleaños de Peter.

El segundo, tocar la guitarra, cosa que el padre sabía hacer.

Y el tercero, el último, pero el más complejo... Debían prender fuego a todo el pasillo y escapar con vida. Comenzaron a hacerlo, y salieron heridos, pero vivos.

Una vez acabados los desafíos encontraron al pequeño Peter atado, a punto de caer al vacío. Su padre desesperado, se tiró a por él, consiguiendo rescatarlo.

Una vez todos a salvo, volvieron a casa, felices de estar todos juntos de nuevo, pero seguían teniendo un problema: no habían encontrado al culpable, pero no por ello se preocuparon, ya que todo fue una simple pesadilla, pero, por alguna extraña razón, tenían los tres una quemadura en el brazo derecho.

Elena Romeral Matamoras
12 años

AQUELLA CAMARERA DEL CLUB

La camarera del Beach Club, a la que juré no haber visto en mi vida, se acercó y me dijo al oído: "Tienes que irte ya, tu vida corre peligro".

Yo, extrañado, le miré fijamente a los ojos, unos ojos verdes preciosos, jamás había visto una camarera con aquella mirada. ¿Qué me quería decir?

Ella sabía que yo la cortejaba con mi mirada, pero, claro, ella era una mujer casada...

¿Desde cuándo era para mí eso un problema? Pues ahora sí, aquellos tipos no se andaban con chiquitas...

¿Estaba en territorio enemigo, solo y desarmado?

Yo que no tenía problema con nadie, ¿por qué iba a correr peligro mi vida?

Pues nada, me dirigí a la puerta de salida del club sabiendo que ya no la volvería a ver nunca más.

Víctor Lanchas Hernández.

10 SEGUNDOS

El día había empezado como otro cualquiera, pero, en menos de 10 segundos, nuestro destino había cambiado para siempre

Habíamos cogido todo lo necesario para disfrutar de un gran día en la playa de los acantilados. Era un atardecer donde el azul del mar se unía con el coral del sol. Todo era perfecto hasta que John dijo que sería divertido subir a lo más alto.

Yo no estaba muy conforme, pero aun así accedí.

Laura y los demás nos siguieron porque todo lo hacíamos juntos.

La subida era escarpada y tuvimos más de un resbalón. Después de una hora, por fin alcanzamos la cumbre y la vista era, efectivamente, espectacular.

Una vez arriba extendimos nuestras toallas y empezamos a comer todo lo que llevábamos. Los chicos decidieron ir a explorar una de las cuevas, mientras nosotras recogíamos todo aquello que habíamos usado. Al cabo de un rato, oímos gritos y nos apresuramos a ver qué ocurría. John había quedado atrapado entre dos rocas, la marea subía y no podíamos hacer nada por ayudarlo.

Lo intentamos todo y nada funcionó. John dio su último aliento en aquel paraje de ensueño.

Después de aquello, intentamos seguir juntos con nuestras vidas, pero aquel suceso a todos nos marcó.

Yo dediqué más tiempo que nunca a mis obras de arte, me encantaba pintar, era mi pasión.

Los demás fueron retomando sus trabajos, Laura era una chef que ya empezaba a despuntar, Gini era actriz de medio pelo, pero le encantaba lo que hacía.

Ramón fundó su propia empresa de calzado, y le iba muy bien, y los gemelos dedicaban su tiempo a obras benéficas.

Todos teníamos nuestras vidas y en el aniversario de John nos reunimos para recordarlo.

Siempre las mismas conversaciones, las mismas frases de consuelo, que no consuelan. Los "por qué", los "y si", pero nunca llegamos a ninguna parte. Fueron 10 segundos, un parpadeo... y todo cambió de repente.

Nunca sabes qué te tiene el futuro a la vuelta de la esquina, lo mejor es disfrutar y vivir el momento. Aquellos 10 segundos que John tardó en caer nos enseñaron que nada está escrito y que solo tenemos una oportunidad de vivir y ser felices.

Rosa María Matamoros Nevot

AGRADECIMIENTOS

Este librito, este certamen, es de todos vosotros, los participantes, que habéis dedicado vuestro tiempo (lo más valioso que uno tiene) y talento en cualquiera de las modalidades de este certamen. Personas de Navarrevisca, y también de otros lugares, más o menos lejanos. Por ejemplo, el relato "Una clave musical" nos llega directamente de Argentina.

Agradecer particularmente a los más pequeños, que cada vez participan más en el certamen, sobre todo en la categoría dibujo. Este año hemos contado con pequeños grandes genios de tan solo 3 y 4 años.

Sin olvidar a los miembros del jurado que, voluntariamente, han querido pasar parte de sus vacaciones leyendo o mirando una y otra vez estas obras que anónimamente se les ha pedido valorar. Y me consta que lo han hecho con todo su cariño, intentando ser lo más justos posible y sin restar ni un ápice de mérito a ninguna de las obras presentadas.

Concluir dando las gracias, una vez más, al Ayuntamiento de Navarrevisca, que sigue apostando por este certamen para que nuestro pueblo siga siendo un lugar en el que crear, soñar, imaginar e inspirarse, y nido de muchos futuros escritores y artistas de éxito que -quizá- algún día podrán decir que su primer triunfo llegó en el certamen Marramblas y Farraguas de Navarrevisca.

¡Hasta el año que viene!

Itziar



Fotografía ganadora 2021, "Conectados". Rubén Guerrero.



CERTAMEN MARRAMBLAS Y FARRAGUAS 2021